

Carta de París

Por Manuel TUÑÓN DE LARA

Ya salió. No se habla de otra cosa. La escena se repite todos los años con una precisión de aparato de relojería: el almuerzo de los jurados del Goncourt. Los rumores, las intrigas, la chismografía a gusto de todos... Y luego, el *suspense*. Se anuncia la decisión: a la tercera vuelta de escrutinio Jean Cau y su *Pitié de Dieu* han obtenido el premio. No ha habido sorpresa; era el favorito. Tuvo, por fin, seis votos, contra dos Chabrol por *Les fous de Dieu*, uno Georges Buis por *La grotte*, y uno Christiane Rochefort por *Les petits enfants du siècle*.

Si el Goncourt ha ido a manos de Jean Cau y de las ediciones Gallimard, el Renaudot, tras una áspera lucha (doce vueltas de escrutinio) ha sido otorgado a Roger Bordier, por su libro *Les blés* (*Los trigos*), editado por Calmann-Levy, por sólo un voto de diferencia con *La Cassure* de Jean-Pierre Faye.

De ambas novelas premiadas hemos hablado otros días. Pero hoy debemos sujetarnos al rito que consiste en presentar la biografía de los autores premiados. Jean Cau, el nuevo Goncourt, es, a sus 36 años, todo menos un desconocido. Punto fuerte en las terrazas de Saint-Germain des Prés (cuyo microcosmos ha historiado-novelado en su libro *Les paroisiens*) y nada menos que secretario durante largos años de Jean-Paul Sartre, la fama de Jean Cau desbordó las fronteras del mundillo literario, para afincarse en Francia entera, por el periodismo. Cau escribe desde hace tres años en *L'Express*, donde sus reportajes interviús, etcétera, de estilo atrevido y dinámico, han ganado pronto celebridad. No es hombre Jean Cau que se ande con remilgos, sino que tira por la calle de en medio. Por eso este Goncourt tiene una doble significación, que no escapa a nadie. Y el agraciado no ha vacilado en decir que los miembros del jurado habían probado su valor, "porque mi personalidad de autor de la *Pitié de Dieu* está indisolublemente vinculada a la del periodista, cuyas opiniones son muy conocidas y que está netamente 'comprometido' (*engagé*)."

Pero sería erróneo pensar que la novela de Cau corresponde al tono de su obra periodística; representa, más bien, el planteamiento en forma literaria de problemas metafísicos. No hay que olvidar que Jean Cau es, además de sartriano de pura cepa, licenciado en Filosofía. El sentido de su obra literaria lo define él mismo al pronunciarse sobre las relaciones entre el periodismo y la literatura:

"La importancia que tiene el periodismo para mí es la de obligar a uno a estar en el mundo, y sin ningún reposo. Además, por el periodismo se llega a gran número de lectores, pero uno no puede contar su estado anímico a todos esos lectores... Pero cuando se pasa del otro lado, cuando se llega al terreno del libro, ahí es donde se encuentra la perfecta —y total— libertad."

Intentemos comprender. Jean Cau es un periodista absolutamente libre, en el sentido usual del término. Pero el periodismo como género pone barreras al albedrío, a la libertad vocacional de cada

cual. Yo, por poner un ejemplo a mano —y por ser inmodesto—, tengo que hablarles ahora de los premios literarios; mi libertad puede ir hasta hablarles del salón de Otoño, del teatro de Planchon o de la reforma de la enseñanza. Pero, buena se armaría si me pusiese a hablarles sobre aquel drama de una mujer de mi tierra que me trota en el magín o sobre la vida cotidiana en la sociedad madrileña de 1931. Viene entonces la escapada hacia la verdad anímica por el libro. ¡Tiene razón Jean Cau! Esa sola afirmación valdría para demostrar la inteligencia del Goncourt 1961. Con esta salvedad: que la obra de Jean Cau es tan auténtica cuando relata el drama de conciencia de los encerrados a vida en la *Pitié de Dieu*, como cuando cuenta sus andanzas por el *bidonville* de Nanterre o su desoladora experiencia de una semana en el mundo de la "dolce vita". Es más; hace poco Jean Cau fue —una vez más— a España, y volvió de allí con un libro, *Las dos orejas y el rabo*, interpretación directa y valiente de la fiesta brava, por cierto en flagrante discordancia con Hemingway. Se podrá estar o no de acuerdo con esa interpretación, como también con que Jean Cau piense que hay derecho —en el sentido moral de este término— a pasarse hoy varios meses en España para hablar tan sólo de toros (es decir, y siguiendo la jerga, para no agarrar el toro por los cuernos), pero nadie puede negar que se trata de un trabajo serio e inteligente.

¿Y Roger Bordier? ¿Quién es el autor de *Les blés*? Dos rasgos comunes tiene con Jean Cau: ambos son hijos de un matrimonio de trabajadores y han conocido la dureza de la vida desde sus primeros años. Y ambos trabajan hoy en el periodismo. Podría añadirse que ambos son jóvenes, pues Bordier tiene 38 años. Y aquí se acaba el paralelismo: el nuevo laureado del premio Renaudot no se consagra al reportaje ni a la política, sino a la crítica de arte, siendo hoy uno de los principales colaboradores de la revista *Art d'Aujourd'hui*. De temperamento esencialmente poético, ha publicado dos libros de poemas en las ediciones Seghers (*Exigencias y Epicentros*), y una novela: *La cinquième saison*, pero su lirismo se combina con una predilección por las formas geométricas. Ha presidido el primer "Salón de la escultura abstracta"; apasionado de Calder, cree en la posibilidad de fundir las tres grandes artes plásticas. Contra lo que pudiera creerse, Bordier es, irrenunciablemente, un lírico y su novela premiada logra, como creo haberlo dicho ya, una síntesis de lo técnico y lo lírico, así como otra magnífica síntesis: aquella en que lo místico se supera *humanizándose* en amor de hombre y mujer.

La segunda andanada de premios literarios no nos ha deparado ninguna sorpresa. Todo ha ocurrido según estaba —más o menos— previsto. Henri Thomas ha obtenido el Premio Femina con *Le promontoire*, por siete votos contra cuatro a Rawicz por *Le sang du ciel*. Philippe Sollers, con *Le parc* se lleva el Premio Médicis por seis votos contra cinco, muy

repartidos éstos entre Pozner, Michel Mohrt, Jean, etcétera.

De ambos libros premiados ya hemos tenido ocasión de hablar en cartas anteriores. La calidad literaria de Thomas —no tan sólo de este "promontorio" corso, sino más bien del conjunto de su obra— debía servirle de mucho para obtener la mayoría de ese jurado de señoras respetables que es el del Femina. En cuanto a Philippe Sollers, con sus veinticinco años, su estilo innovador —que no hay que confundir con el "objetivismo" pues en él hay mucho de "psicologismo"— y la remolina ya formada en torno a su nombre, llevaba todas las de ganar con un jurado como el del Médicis que tiene horror a todo lo que pueda ser tradicional. Sollers ha dicho de *El parque* que es "un desarrollo de aventuras interiores". Definición atinada que pone, sin embargo, en tela de juicio su clasificación en el ya anchuroso campo de la novela. Y digo su clasificación, en modo alguno su inserción, puesto que sería atrevido negar que la aventura interior no tenga su derecho de ciudadanía en la república de los novelistas. También *El promontorio* es, según confesión del mismo Thomas, obra en la que rezuma la experiencia espiritual del autor, de un escritor que, como ya habíamos dicho, queda "embrujado" por un territorio, un clima, un ambiente, o si se quiere apresado por el "ángel" de ese promontorio deslumbrador de la isla mediterránea. Entonces escribe una obra que tiene "su secreto". "Es el secreto que hay en un libro lo que constituye la vida de éste, lo que le permite proponer algo al lector" —decía el otro día Henri Thomas. El asunto, como se ve, es más que peliagudo y nos mete de rondón en el zarandeado debate de qué debe escribirse. Y mucho me temo que si en semejante pelotera nos enredáramos, sacaríamos lo mismo que el legendario negro sacó del no menos legendario sermón. Camilo José Cela, en el último número de sus *Papeles de Son Armadans*, tira por la calle de en medio y sólo pide a la novela, para que sea tal, "un armazón, un esqueleto, que le reparta las carnes airosamente y con bien medido equilibrio", pero el esqueleto en cuestión no tiene según él por qué adaptarse a los cánones usuales. Nos decía muy poco hace Paco Fernández Santos que la novela no puede ser sociología, sino que el retazo de vida que en ella se cuenta debe entrañar una transmisión al lector de vivencias en forma estética. A lo que Corrales Egea aducía que novelar el gran drama cotidiano del hombre, aquello de más importante que le pasa, requiere tomar materia prima que llaman (con razón o sin ella) "sociológica", pero que no es sino el meollo del drama de los hombres sobre esta tierra. Así que... así que pare usted de contar, porque me doy cuenta de que he saltado a pie juntillas sobre la mesa de mármol de la tertulia literaria, apasionada estos días con motivo de los premios que comentamos. Porque es el caso que ninguno de ellos, a excepción de *Les blés*, corresponde al tipo de novela clásica. ¿Y qué? Tendremos que terminar diciendo: la cuestión es escribir bien, que se entable la comunicación viva entre el escritor y el lector, y lo demás viene todo rodado.



"Una reunión celebrada esta semana en París"

Porque las fronteras del escritor se ensanchan cada día más en lo que toca a géneros literarios —cuya revisión se va haciendo indispensable— y porque las fronteras geográficas y estatales no le van en absoluto al hombre de letras, viene a cuento y cobra actualidad una reunión celebrada esta semana en París, que tiene jerarquía de acontecimiento literario: la del Consejo directivo de la Comunidad Europea de Escritores.

La Comunidad Europea de Escritores se fundó en 1959, por iniciativa principal de Gian Battista Angioletti, que ha sido su presidente hasta que la muerte lo sorprendió hace pocos meses. Para la Comunidad no hay ésta o aquella Europa, sino la Europa que cada cual hemos conocido en los mapas desde los primeros años de la escuela. Angioletti lo había dicho: "Nuestras naciones están ya demasiado divididas política y económicamente para que no busquemos unirnos, por lo menos bajo el signo de la poesía, del arte, de la pura actividad crítica." El primer Congreso de la Comunidad Europea de Escritores, reunido en Nápoles en 1960, afirmaba igualmente que la organización se creaba "con el fin de estimular, por encima de las diferencias ideológicas y políticas, una estrecha colaboración de los escritores europeos,

para todo aquello que concierne a los problemas profesionales de carácter moral y práctico, con objeto de favorecer la libre circulación de las obras del espíritu, solicitar coloquios, intercambios y traducciones que acrecienten el conocimiento y la solidaridad recíprocos, así como secundar toda iniciativa que asegure la dignidad y la autoridad de los escritores".

La Comunidad está destinada a "defender los intereses morales y materiales de los escritores (novelistas, poetas, ensayistas, colaboradores de la radio y la televisión, cineastas, filósofos, historiadores, sociólogos, etcétera) y éstos a su vez "se comprometen a despertar y a consolidar, entre las naciones, el espíritu de amistad y de paz". El Consejo directivo, reunido en París bajo la presidencia de André Chamson, el académico francés, ha comprobado con satisfacción que la Comunidad cuenta ya con más de un millar de afiliados; entre ellos citamos, un poco al azar, nombres como los de François Mauriac, Jean Paul Sartre, Eremburg, Chokolov, T. E. Eliot, Aldous Huxley, Alberto Moravia, Giuseppe Ungaretti, Salvatore Quasimodo, Cella, Goytisolo, Aleixandre, Arnold Zweig, Ivo Andric (Premio Nobel, 1961), Pratolini, Celaya, Anne Seghers...

El escritor italiano Giancarlo Vigorelli es secretario general de la Comunidad y director de su revista, *Europa Literaria*, publicación de alta calidad y única en la que se publican, en igualdad de condiciones, textos literarios del este y del oeste europeos. Los vicepresidentes son André Chamson y el ruso Nicolai Bajan. Entre otros miembros del Comité director figuran José María Castellet (España), el poeta Jean Tardieu (Francia), Halldor Laxness (premio Nobel, Islandia), el novelista Laszlo Pasuth (Hungría), etcétera.

España está representada por más de cien escritores miembros de la Comunidad. Su delegación al próximo Congreso (Roma, marzo 11 a 16 de 1962) estará presidida por Camilo José Cela y el profesor Aranguren.

La Comunidad hace realidad de sus fines por medio de ediciones, en la medida de sus fuerzas. Hace poco publicó el libro de poemas de Jesús López Pacheco, *Pongo la mano sobre España*, y ahora saca a luz una selección de poemas de Tristan Tzara, de 1932 a 1961, con el sugestivo título de *De la coupe aux lèvres*.

Dicho todo lo precedente, con ese son monocorde de gacetilla del que me cuesta trabajo liberarme para describir "los hechos acaecidos", vale la pena añadir todo lo simpático que ha sido este coloquio en el corazón de París entre escritores de veinticinco países europeos, amablemente acogidos por los anfitriones franceses: comidas, recepciones, charlas... todo en un espíritu de fraternidad que para sí quisieran los más empenachados diplomáticos. Alegría y sencillez en este coloquio, entre un trago y un bocadillo, de hombres como Sartre, Butor, Michel Mohrt, Tardieu, Coindreau, Vigorelli, Paolo Passolini, Castellet, Delibes, Mladenovic y tantos más. Y por último, la representación única del film *Accatone* en que Paolo Passolini, trocando la pluma por el "plateau" cinematográfico, ha dejado testimonio de un mundo sórdido, de contrastes violentos, de una sociedad que tiene vergüenza de mirarse a la cara en el espejo. Por eso, *Accatone* ha dado lugar en Roma a manifestaciones de jovenzuelos fascistas de la brutalidad que caracteriza esa especie zoológica. En París, Passolini, sentado junto a Ana Magnani y el productor Cino del Duca, ha presentado la película a los escritores de la Comunidad Europea y a sus invitados. El gesto era simpático, lo que no quiere decir que haya que romperse las manos aplaudiendo esta obra: la delectación de esos rincones sórdidos de lo humano puede que indigne a los neo-fascistas, pero no tiene mucha significación para los demás. Aquí, cuando se acaban de admirar las últimas obras de Armand Gatti y de René Clement, la tendencia a exaltar los valores humanos prevalece sobre la que se complace en los tonos negros.

Sin embargo, *Accatone* no solamente era lo anecdótico de este coloquio, sino también la prueba de que la Comunidad Europea de Escritores no toma partido por ésta o aquella tendencia artística, sino por la libre circulación de las obras del espíritu.

Y aquí concluiría si no fuera deber inexcusable informarles de algunos acontecimientos culturales más; por lo menos, del debate desarrollado ante seis mil personas (en su inmensa mayoría estudiantes)

en la Mutualité sobre un tema tan apasionante como "Dialéctica de la naturaleza, de la historia y del espíritu". ¿Las leyes generales del movimiento que constituyen la dialéctica, se encastillan en el proceso intelectual, rigen también los fenómenos de la vida social —y por ende de la historia— o van hasta los mecanismos de la vida biológica y física? Allí expusieron sus puntos de vista nada menos que Jean Paul Sartre, el profesor Hyppolite, director de la Escuela Normal superior y hegeliano de marca, el doctor Garaudy y el joven doctor Vigier, un discípulo de De Broglie que ha adquirido ya reputación internacional y que reivindica la concepción marxista de la ciencia. El acuerdo pudo obtenerse en cuanto a la vigencia de las leyes dialécticas en la dinámica social y, como era de esperar, no se llegó a lo mismo al tra-

tarse de dialéctica y naturaleza. Eso hubiera sido pedir peras al olmo, puesto que los "grandes espadas" de la filosofía que toreaban en esta corrida tienen todos concepciones bien arraigadas. Pero el debate no sólo fue interesante sino aleccionador y simpático. Estaba impregnado del mismo tono de tolerancia, de esfuerzo entre los hombres por saltar las barreras que con demasiada frecuencia les impiden entenderse. Yo no sé si es verdad aquello de que "hablando se entiende la gente", pero tengo por seguro que mientras se habla, mientras se discuten puntos de vista en una tribuna o en torno a una mesa —redonda o cuadrada, la forma se me importa un higo— se desarma la belicosidad de quienes sólo piensan en asestar rotundos cachiporrazos para "convencer" a los que tienen la desgracia de no pensar como ellos.

es un gran autor dramático que honra a España, y ha conseguido, con *Divinas palabras*, una de sus realizaciones más logradas, que apasiona y emociona al público. Es un buen síntoma, y hay que esperar que el éxito de esta función de desagravio para el injustamente olvidado Valle Inclán anime a otros directores de escena a desempolvar el estupendo teatro valleinclanesco, que tantas cosas puede decir, y tan hermosas, a las nuevas generaciones de aficionados españoles. El mes de diciembre es tradicionalmente en España el mes de la Lotería de Navidad, a la que ricos y pobres juegan siempre, los primeros para aumentar su riqueza, los pobres para salir de su pobreza. Pero al mismo tiempo, diciembre es también, como en Francia, el mes de otra lotería mucho más reducida, pero no menos famosa: la de los premios literarios. El primero que abre plaza es el premio Biblioteca Breve de novela, convocado por la editorial Seix Barral, de Barcelona, que acaba de ser concedido a un joven escritor, José Manuel Caballero Bonald, por su novela titulada *Dos días de septiembre*. El premio Biblioteca Breve, cuyo importe asciende a 100,000 pesetas (unos 1,660 dólares) es, a pesar de su reciente creación —sólo tiene tres años de vida— uno de los más

Carta de España

Por nuestro CORRESPONSAL

Este año acaba de ser concedido el Premio de Letras al poeta Gerardo Diego, por su obra poética total, ya que no se concede a un autor por un solo libro, sino como premio a una vida enteramente consagrada a las letras. Y tal es el caso, ciertamente, de Gerardo Diego, que ha cumplido este año los 65, y que lleva más de cuarenta escribiendo versos, y ha publicado unos treinta libros de poesía, alternando el tono más tradicional y clásico con el ultraísmo y el surrealismo más radical. El premio de Letras lo ha alcanzado en pleno ímpetu de producción poética, pues en 1961 ha publicado varios libros, entre ellos *La rama*, *Glosa a Villamediana* y una edición aumentada de *Ángeles de Compostela*, sin duda uno de sus más logrados libros.

Y ya que hablamos de libros, señalaré, entre las novedades literarias últimamente aparecidas en Madrid, un nuevo libro de Ortega, que con el título de *Vives-Goethe*, ha publicado la editorial Revista de Occidente en la serie de obras inéditas o póstumas del maestro. En él se recogen las conferencias que pronunció Ortega sobre Juan Luis Vives, el año 1940 en Buenos Aires, y sobre Goethe en Alemania y en los Estados Unidos, en 1949, con motivo del bicentenario del autor del *Fausto*. Otra novedad interesante es el libro de ensayos de Guillermo de Torre titulado *El fiel de la balanza*, publicado por la editorial Taurus, y en el que ha reunido el conocido crítico una serie de notables ensayos sobre Juan Ramón Jiménez, Antonio Machado, García Lorca, Jorge Guillén y Ortega. Cada vez se publican en España más libros de ensayo y de crítica, y su calidad parece superar a la que ostentan las numerosas novelas que, en general mediocres, aparecen en las librerías españolas.

Señalaré, por último, el éxito que acaba de obtener en un nuevo teatro madrileño, el Bellas Artes, el estreno de *Divinas palabras* de don Ramón del Valle Inclán, a los 25 años de la muerte del gran escritor gallego. El teatro de Valle Inclán, por su valentía y su crudeza, se hallaba prohibido por la censura franquista, y ésta es la primera vez que se representa una de sus obras desde 1939, o sea desde la terminación de la

guerra civil. Un gran director de escena, José Tamayo, ha logrado convencer a los censores franquistas de que Valle Inclán



"por su valentía y su crudeza se hallaba prohibido por la censura"